

des; siendo entónces vuestra vida conforme á la voluntad de Dios, y por esta conformidad será semejante á la de la Santísima Virgen, Así os lo deseo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

PERSEVERANCIA EN EL CULTO DE MARÍA.

DIA 1.º DE JUNIO.

DISCURSO I.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

El que perseverare hasta el fin, este será salvo.

(MATTH. XXIV. 13).

Llegó por fin el momento, carísimos hermanos, de recoger el fruto de nuestra devoción á la Virgen Santísima, nuestra Señora. Hemos concluido el florido mes de Mayo, durante el cual hemos asistido, con gozo particular de nuestras almas, á los devotos ejercicios en honra de María: estemos seguros de que esta Señora no permitirá que salgamos de aquí sin su bendición, tanto más rica y abundante, cuanto mayor sea el amor, y más firme la confianza en nuestra tierna Madre. Desde lo alto del Cielo, cuenta los homenajes que la tributamos, anhelosa de obtener para nosotros mayor número de beneficios. Un pensamiento la ocupa en este instante, un pensamiento de gravísima importancia, que yo, de su parte, quiero comunicaros. María Santísima piensa en nuestro porvenir; y, como si lo ignorára, se pregunta con cierta inquietud: «Estos devotos míos, que tan constantes se han mostrado en obsequiarme durante el mes que hemos acabado, ¿perseverarán en amarme como ahora? ¿Continuarán en su fervorosa devoción hácia mí? ¡He visto á tantos, que se gloriaban de ser llamados hijos míos, que me querían como á Madre suya, que llevaban las insignias de mi culto, que celebraban mis festividades; pero despues... me ol-

vidaron! ¡Ay! ¡Qué santuario de los en que soy venerada, no ha tenido que estremecerse por la ingratitud de mis favorecidos, y no ha sido manchado con alguna infidelidad! ¡Cuántos, de los que prometieron amarme eternamente, entregándome su corazón, lo han vuelto á tomar para darlo al mundo, apartándose de mí!

Ese es, hermanos míos, el pensamiento de nuestra Madre Santísima, al recibir nuestros últimos obsequios del mes de Mayo. ¿No debería también ser el nuestro en estos instantes? ¿Será posible, que hagamos temer semejante olvido á esa Madre tiernísima, á quien tanto queremos hoy? Figuraos que á María la inquieta la incertidumbre de lo que hareis en adelante. Reflexionad en lo poco que deben importarla los obsequios de un día, de todo un mes, si tras ellos ha de venir una larga y desconsoladora indiferencia. Pensad en el valor que ha de dar Nuestra Señora á un afecto, que ha de marchitarse tan pronto como las flores que adornan su hermoso altar. Meditadlo bien, hermanos míos, y examinad lo que el corazón os dicta que digais á vuestra amantísima Madre, que tan cuidadosa se muestra de vuestro porvenir. ¿Asegurais amarla siempre? Contestais que sí con vuestra amorosa mirada y expresivo ademán. Ahora bien: María Santísima se dá por satisfecha con este ofrecimiento, confiando en que nunca lo olvidareis. Si tal es vuestra última resolución, consagraos sinceramente al culto y servicio de la Madre de Dios al terminar el mes de Mayo, coronando de este modo los obsequios que la habeis tributado durante el mismo. Para prepararnos á esta consagración, discurremos, de consuno, acerca de los motivos que deben movernos á perseverar en la devoción de la Santísima Virgen, y de lo que debemos practicar para lograr esta perseverancia. Pidamos, ántes, los auxilios de la gracia: *A. M.*

La Corte de María, en la tierra, se compone de dos distintas clases de cristianos: de los justos, que la misma Virgen ha conservado en el camino de la virtud; y de los pecadores, que ha llevado á él. Para saber, pues, lo que debeis á María, por lo que hasta ahora ha hecho por vosotros, examinaos y ved á cual de las dos clases pertenecéis. ¿Sois justos? Pues no dudeis que María Santísima ha sostenido vuestra debilidad y rechazado á vuestros enemigos.

Ya sabeis que to'os abrigamos en el fondo de nuestro corazón, una tendencia decidida al mal, tendencia que pide una vigilancia continua y esfuerzos siempre nuevos por nuestra parte. Y con todo, para esta lucha, no contamos con más recursos propios que nuestra gran

flaqueza. A cada paso queda burlada nuestra vigilancia y se debilitan los esfuerzos, sintiéndonos tentados en el áspero camino de la virtud, á pararnos, y quizá á volver atrás. Ahora bien; ¿qué mano compasiva y poderosa ha sostenido al justo para no faltar á sus deberes, sacándole victorioso de su natural debilidad? La mano de María Santísima, á quien se dá el título de Salud de los enfermos, porque cura, no tanto las enfermedades del cuerpo, como las del alma. Porque el alma, hermanos míos, también padece dolencias, para cuya curación María es todopoderosa. Vosotros la invocabais con ese nombre en las necesidades del cuerpo, y Ella alcanzaba para vosotros fuerzas contra la debilidad del alma.

Y todas esas miserias interiores, aún no os han puesto en tan gran peligro como los adversarios de fuera, que asedian vuestro corazón. Mas de una vez el demonio con sus auxiliares, el mundo con sus placeres, han intentado asaltarle, presentándose el demonio con su terrible ejército de tentaciones, y el mundo con sus encantos. La sensualidad ha trabajado para introducir sus confidentes dentro de la plaza, poniéndose en inteligencia con sus defensores. ¡Ah! Un momento de distracción, el más leve descuido, habría bastado para perderos..... ¿Quién os hizo entonces cautos y precavidos? La Virgen Santísima: Ella peleó por vosotros hasta que hizo levantar el sitio, dejándoos libres. Sí, almas justas que me escuchais; cuando triunfasteis de los enemigos que os combatían, triunfasteis por María. Si hasta ahora habeis batallado con buen éxito, á María debeis vuestras victorias sobre el demonio, el mundo y los deleites. Deudores sois de vuestra virtud á María Santísima, cuya mirada aterra á vuestros enemigos, cuyo nombre estremece al Infierno, y cuya protección facilita la victoria. Esto ha hecho María por vosotros. ¿Qué debeis, pues, hacer vosotros por María? Permanecer constantemente fieles á su devoción, y perseverar en su amor y culto. El agradecimiento os lo impone como un deber, diciéndoos, que olvidar á una protectora tan caritativa, sería el extremo de la ingratitud. Si, pues, cada uno de los días de vuestra vida pasada está señalado con algun beneficio de María, cada uno de los que se os concedan debe señalarse con algun obsequio sincero y constante.

Hablando ahora con los pecadores, á quienes María nuestra Señora ha vuelto al camino de la virtud, les digo: Cuando pecabais, la Virgen Santísima detenía el rayo pronto á heriros; y cuando os arrepentisteis, la Virgen obtuvo para vosotros el perdón. Sí, hermanos míos: Dios se muestra lento algunas veces en castigar los pecados; pero es

porque hay colocada entre él y el pecador una Mediadora, que protege al reo y contiene al Juez. La Mediadora es María, que no desesperando nunca de la conversion del pecador, pide incesantemente una próroga para la ejecucion de la sentencia. ¡Oh! ¡Cuántos pecadores son hoy bienaventurados en el Cielo, que estarían condenados á padecer eternamente en el Infierno, si María Santísima no les hubiera alcanzado tiempo para hacer penitencia! ¡Cuántos, sin el auxilio de María, habrían pasado inmediatamente del crimen á la eternidad! Nuestra misericordiosa Madre, que tan caritativa se muestra al cometerse la falta, lo es mucho más cuando sobreviene el arrepentimiento. En efecto; apenas observa en el corazon del pecador el primer movimiento de disgusto por los pasados yerros, cuando se postra á los piés de su divino Hijo, para obtener de Él un perdon no merecido todavía. Pecadores convertidos, que os hallais en este templo, hé ahí lo que por vosotros ha hecho María. Os ha protegido contra el rigor de la justicia divina, hasta reconciliaros con vuestro Dios. Y por tantos y tan grandes beneficios, que exigirían una vida entera de reconocimiento, ¿qué pensais hacer? ¿Os contentareis con algunos obsequios salidos de vuestro corazon, sí, pero maquinalmente, y tal vez sin advertirlo? Nó; bien seais justos, bien pecadores, debéis tener presente, que la ingratitud puede seros muy funesta. Vosotros ¡oh justos! teneis siempre dentro la misma debilidad, y fuera los mismos enemigos; y si olvidais á María, podría suceder, que María os olvidase en una ocasion critica, quedando vencidos por falta de asistencia. Vosotros, ¡oh pecadores! caminais por una senda difícil, contigua á la de la iniquidad, á la que podeis volver si por desgracia resbalais. Si olvidais á María, caereis de nuevo en el pecado, y entónces, ¿quién os defenderá, quién intercederá por vosotros? Permanezcamos, pues, fieles á María Santísima nuestra Madre, puesto que nos empeña á serlo lo que hasta ahora ha hecho por nosotros. Pero la Santísima Virgen no quiere poner límites á sus bondades. ¿Puede una madre cariñosa abandonar á sus hijos? Aunque tan terrible fenómeno tuviese lugar en la tierra, la Madre que los cristianos tenemos en el Cielo, no sería la que diese tan repugnante espectáculo. Nó; María Santísima nunca dejará desconsolados á sus hijos; nó, el último día del Mes de las flores no pondrá término á sus beneficios. Lo que hasta aquí ha hecho por nosotros, es una prenda de lo que hará en lo sucesivo, lo cual constituye el segundo motivo que tenemos para perseverar en su devocion.

A veces temblamos al fijar la consideracion en el fin de nuestra carrera: todos sabemos que no basta comenzar bien, sinó que se nece-

sita acabar bien; todos sabemos que la perseverancia hasta el fin, por la cual hemos de salvarnos, es un dón gratuito, que no pudiéndolo nosotros merecer, puede muy bien negársenos. Esta idea es terrible, y sería capáz de infundirnos desaliento, si no la templára la conviccion del poder y bondad de la Santísima Virgen. Segun nos lo repiten y aseguran los Santos, es imposible que perezca eternamente el hombre que invoca á María de todo corazon, valiéndose del simil de la nave guiada en medio de la tempestad por la estrella milagrosa, que jamás se oculta á los ojos del piloto, señalándole el puerto en que debe guarecerse. Pero ¿qué cristiano tendrá derecho al patrocinio de María Santísima, obteniendo de la Señora la perseverancia final de que pende su salvacion? ¿Creeis que concederá este favor inestimable á la persona, que esté olvidada de Ella once meses al año, y solo durante el duodécimo, concorra á estos ejercicios por costumbre, por no singularizarse entre los conocidos, y acaso por halagar á alguna otra persona de las que aquí vienen? ¿Podeis suponer, que María obtenga la perseverancia á favor de quien haya despreciado su cariño, mirado con indiferencia sus bondades, y que despues de una vida de indolencia é ingratitud, se acuerde por primera vez de veras, en el lecho de la muerte, de la misericordia de María, para implorarla en aquel supremo instante una gracia, que ha de ser el principal premio de constantes servicios tributados á la Madre del Salvador?

Quiere además María Santísima nuestra Señora, alcanzar para nosotros la gloria en la vida futura: desea conducirse como una Reina que ha tenido hijos en el país de su destierro, y repuesta en su trono, no puede ser feliz sin ver junto á ella, y bajo el régio techo, á todos aquellos á quienes dió la vida en tiempo de desgracia. Nuestra Madre está sentada ya en su trono, y si fuera posible, vería que la faltaba, para complemento de su bienaventuranza, la presencia en los palacios eternos de los hijos que dió á luz en este valle de lágrimas. En el Cielo, pues, nos aguarda, teniendo en las manos las coronas que su amor nos destina. Mas, ¿á quién, vuelvo á preguntar, será concedida tan preciosa recompensa? No lo dudeis, hermanos míos, se otorgará, indefectiblemente, al que haya perseverado fiel; al hijo que no haya renegado de su Madre. María Santísima quiere, sí, dar la corona de la inmortalidad, mas no la promete sinó al que la ame y nunca cese de invocarla. María Santísima quiere, sí, dar la corona de la inmortalidad, pero se propone darla como galardón de nuestra fidelidad á su culto. Aquel será coronado en el Cielo por María, que en la tierra no se haya apartado de sus altares.

Para ser fiel á María, el primer medio es, evitar las ocasiones próximas de pecado. El que ama el peligro, nos previene el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura, perecerá en él; y el que se acompaña con impíos, no tardará en hacerse como ellos. Evitad, pues, toda ocasion de pecado, y la compañía de los perversos, considerando ambas cosas como un manantial emponzoñado de crímenes y torpezas.

El segundo medio, inherente á la perseverancia en la devocion al culto de María Santísima es, la oracion, escudo de la virtud, y arma poderosa del cristiano. Dios se complace en fortalecer el valor de cuantos le invocan con humildad, amor y confianza. ¿Necesitais un ejemplo que os convenza? Citaré el de Moisés en el día de una batalla: miétras este caudillo del pueblo de Israel tenía levantadas las manos al Cielo, implorando el auxilio del Dios de los ejércitos, el suyo triunfaba; mas, así que suspendía su plegaria, los amalecitas empezaban á vencer á los hebreos. Con esto entenderéis la eficacia de la invocacion á Dios; con esto comprendereis el poder de la oracion. Este suceso histórico os descubre la importante verdad, de que la oracion es el arma inquebrantable del hombre religioso. Armaos, pues, con ella como buenos soldados de Jesucristo, elegidos por Dios para la gloria celestial. Velad y orad, sin dejaros vencer por el sueño ó la pereza, á fin de que no seais sorprendidos de improviso por la muerte. Rogad á Dios de día y de noche, que no permita sucumbais á la tentacion; y Él se apresurará á llenar vuestra alma de superabundantes gracias, que os faciliten el cumplimiento de sus preceptos, que alijeren y suavicen su yugo, que os ayuden á triunfar de las asechanzas de Lucifér y de sus infames agentes, que os permitan caminar de virtud en virtud, hasta llegar al término de la carrera donde se corona al vencedor; más claro: hasta que llegueis al Cielo, puerta de la salvacion, donde os recreareis con el fruto del árbol de la vida.

El tercer medio que hemos de emplear para mantener nuestras laudables resoluciones es, frecuentar los sacramentos. Por este conducto distribuye Dios sus gracias á las almas. Los sacramentos son las aguas vivas y puras que las refrescan, para resistir la accion abrasadora de las pasiones; son la saludable piscina, donde los corazones enfermos pueden á todas horas recobrar la salud. Haced cuanto ántes la experiencia, siguiendo el ejemplo de los Santos, vuestros dignos y venerables padres en la fé y en la ciencia de la salvacion. De los sacramentos sacaron ellos la fuerza necesaria para luchar, ora con las seducciones del mundo, ora con el furor y crueldad de los tiranos. Imitad á las nobilísimas vírgenes que acompañan al Cordero

inmaculado, en premio de la pureza que mantuvieron por la virtud de los Sacramentos. Llegaos al tribunal de la Penitencia, para obtener de Dios el perdon de vuestras faltas y pecados contra su santa Ley. Acudid con frecuencia á la mesa Eucarística, donde recibireis, junto con el alimento del alma, un antídoto contra el vicio, y la prenda de bienaventuranza eterna.

Tales son los medios que tenemos para perseverar en el culto y devocion á la Santísima Virgen. Concluyamos, pues, protestando la perpetuidad de nuestro amor, con aquellas enérgicas frases del Profeta Rey: «Que mi diestra se seque, si llego á olvidaros nunca; que quede inerte mi lengua, si vuestro nombre viene á serla extraño (1).» Hagamos de manera, que nos vea en lo sucesivo más aficionados á los piadosos ejercicios á que esta tarde damos fin; que se nos vea más celosos de la gloria de María, acudiendo con diligencia al pié de su altar, en los días consagrados á su culto, santificándolos con prácticas de ferviente y generosa piedad; que se nos vea firmes en la confianza de María, recurriendo á su poder en las tentaciones y en toda clase de necesidades, hablándola de nuestras miserias con la familiaridad de un hijo, con la sencillez de una hija que comunica con su madre, y mereciendo por esto las mercedes que pidamos; que se nos vea fieles como nunca en imitar á María Santísima, copiando las virtudes que Jesús coronó en su Madre; en imitar aquella humildad suya, que la rebajó á sus propios ojos, tanto como el Cielo la había ensalzado con extraordinarias prerogativas; aquella pureza, que los ángeles envidian; aquella caridad, en fin, que la hizo vivir para Jesús, y morir para Él. ¡Ojalá sean tales como os expongo nuestros sentimientos y nuestras disposiciones, miétras vivamos ausentes de María en este valle de lágrimas, hasta el dichoso instante en que su divino Hijo, para premiar nuestra perseverancia en el servicio de su Santísima Madre, nos asocie á su eterno triunfo, colocándonos para siempre junto á María en el Cielo! *Amen.*

(1) PSALM. 137, v. 5.